

# Viento de atardecer

Javier Tafur

Cuantos como yo,  
¡ay!, confían al viento  
sus secretos

Al viento,  
no al oído.

Te has ido.

Soltar las nubes,  
abrir las manos...  
¿Quién detiene al viento?

Pongo en la ventana  
un puñado de arroz  
y un recipiente con agua

En la matera  
tres bellitas alegran  
mi exilado corazón

Esta neblina  
que desciende  
por mi alma

¿pasará por el Salado  
hacia Tocotá  
y Felidía?

Trigo, espliego, tomillo,  
palabras tuyas,  
  
también olivo y olvido.

Vuelo de murciélagos  
y petirrojos

En la avenida  
aroman los árboles

Tarde serena  
del alma

Ilusoria  
es la paz  
de los que se aman

Se hace difícil  
el encuentro del amor,  
pero, ¿Qué es fácil?

Se hace pasajero  
el encuentro de los que se aman  
pero ¿Qué dura?

La tarde pasa  
en el silbo amistoso  
de una flauta de bambú.

La linda chica  
no dice nada  
a los ojos tristes.

En cualquier dirección  
que vaya -la veleta  
me lleva a su recuerdo

No sabía nada de nada.  
Nunca pensé que hacerlo  
-haberlo hecho-  
fuera importante, tan importante  
coger piedritas en el río.  
No sabía nada de Heráclito  
ni que mi padre moriría.

Pasa cantando  
-no soy yo-  
pero quisiera.

Llega la mañana  
y aparentemente,  
un nuevo día.

Cruza  
la ciudad -la siguen  
los recuerdos.

Separado...  
-fin de semana,  
largo y triste.

No es el sol del amanecer  
-es la flor naranja  
del resucitado en el balcón.

Tristeza  
-viento  
de atardecer.

Somos patos salvajes  
-de uno en uno  
dejamos la bandada.

Luna llena  
-para mí la noche  
larga y oscura.

Tal vez cuando  
haya encanecido  
mi alma se apacigüe.

La nostalgia  
como una sombra  
me acompaña.

Almadía -balsa de mis versos-  
¿el río sobre el que avanzamos  
existe?

Padres, abuelos...  
¿qué es este camino  
hacia la desaparición?

Ni un pájaro, ni una sonrisa,  
solo, entre el ruido  
de la ciudad, cruzo el día.

Un día es demasiado  
para un hombre solo.

Intenso amor gocé,  
ahora, soledad y silencio.



Viendo un juguete  
alegro, en algo,  
mi tristeza.

Aunque ha llovido  
toda la noche,  
mi vida amanece  
inesperadamente cálida.

En la memoria  
de la alegría,  
¡un grito!

Frágil  
-rodeada  
de silencio.

Leyendo sus cartas  
me pregunto si mi voz  
ya venía entre sus sílabas;  
si mi nombre  
y el adiós,  
y también los pasos  
que me siguen

Avenidas universitarias  
-Ah, el aroma  
de los mangos florecidos.

¿El gozo?  
-relámpago  
sobre los huesos.

Reconozco mi obra:  
vanas alegrías  
con tinta de calamar.

Estrella fugaz  
¿Dónde sus  
ojos?

Esta navidad  
-en compañía  
del perro y el gato.

Entre la niebla  
y la lluvia  
canta el ollero.

La lluvia se acerca  
los gansos graznan,  
cantan los pájaros.

Sin distinguir los objetos  
el corazón pasa  
metido en su pena.

Estrella fugaz  
¿Dónde sus  
ojos?

Esta navidad  
-en compañía  
del perro y el gato.

Entre la niebla  
y la lluvia  
canta el ollero.

La lluvia se acerca  
los gansos graznan,  
cantan los pájaros.

Sin distinguir los objetos  
el corazón pasa  
metido en su pena.

Aroma el jazmín  
-ansío que salga  
la luna.

Llega la iguaza  
-una ola brilla  
y se expande.

Mi caballo fallecido,  
como un pariente,  
o un amigo que se ha ido.

Solo en la noche  
abro la puerta  
y entra la luna.

Sigue, sigue  
ruiseñor,  
que estoy triste.

Voces  
y, entre tantas,  
una.

De nuevo a esperar  
tu regreso  
¡oh luna!

Cae el día, tiñe la noche,  
el viento frío...¡increíble!  
mi alma serena.

No lo hace brillar  
la luz  
-lo descubre el dolor.

Encontrarse solo;  
sufrir para descubrir  
que la soledad no existe.

Oh luna  
cáliz de luz.

Mientras medito  
la mata  
en el balcón florece.

Ito Soda, poeta japonés del siglo XVII, escribió a propósito de la obra de su amigo Isahaya Buzen, poeta y pintor:

*“ Isahaya ama lo breve, no ha escrito más que Haiku, pero ama también lo desmesurado, nos ha entregado cuatro mil breves poemas. Isahaya es un niño perverso que arroja diez agujas de oro en un pajar y nos empuja a buscarlas.”*

En Viento de atardecer, Javier Tafur nos pone en la palma de la mano las diez agujas de oro y nos suma una luciérnaga.

Estos breves poemas constituyen un territorio con sus colinas, su luna y su atmósfera; un reino por el que pasa un viento de despedida, y en el que canta un arroyo de pena. No la pena desgarradora, sino la leve tristeza del que siente que se apaga la luz en sus ojos, pero los dedos de sus pies tocan un nuevo día.

Viento de atardecer es un libro escrito con el agua de la fuente, con el decir del viento; simple y profundo como un espejo.



